

Ivana Bodrožić

Hotel Tito

TRADUCCIÓN DE LUISA FERNANDA GARRIDO Y TIHOMIR PIŠTELEK



menos**cuarto**

Título de la edición original: *Hotel Zagorje*

Este libro ha sido publicado con el apoyo financiero del
Ministerio de Cultura y Medios de la República de Croacia

© Ivana Bodrožić / Paul Zsolnay Verlag Ges.m.b.H., Wien 2010
Derechos negociados por mediación de Ute Körner
Literary Agent
© de esta edición, Menoscuarto Ediciones, 2023
© de la traducción del croata, Luisa Fernanda Garrido y
Tihomir Pištelek

ISBN: 978-84-15740-84-1
Dep. Legal: P-37/2023

Diseño de colección: Echeve
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES
Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la
ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento
de esta obra.

No recuerdo nada, ni siquiera cómo empezó. Solo unos destellos. Las ventanas abiertas en el piso, una tarde veraniega sofocante, ranas enloquecidas en el río Vuka. Me abro paso entre los sillones y canturreo «Quien dice que Serbia es pequeña mente». Papá dobla el periódico y se gira hacia mí, noto su nerviosismo. «¿Qué estás cantando?», me pregunta. «Nada, se lo he oído a Bora y a Daniel.» «Es la última vez que te oigo cantarlo, ¿está claro?» «Vale, *ćale**.» «Yo no soy ningún *ćale*, soy tu papá, ¡la madre que te parió!»

Hacemos las maletas para ir a la playa. Por primera vez mi hermano y yo vamos solos. Él tiene dieciséis años y yo nueve. También va nuestra vecina Željka, un año menor que mi hermano. Yo quiero ser como ella y estoy muy emocionada porque su madre y la mía le han encomendado que cuide de mí. No logro dormirme en toda la noche.

* Palabra que se usa en algunas zonas de la antigua Yugoslavia y mayoritariamente en Serbia para «papá». (N. de los T.)

En la mesilla, entre la cama de mi hermano y la mía, están los pasaportes. La luz de la habitación está apagada y le pregunto a mi hermano si puedo ir a su cama. «¿Para qué los pasaportes si solo vamos a la playa?», susurro. «Papá ha dicho que, si las cosas se ponen feas, vayamos a casa del tío en Alemania», responde. No entiendo qué es lo que podría ponerse feo, pero me huelo que es algo relacionado con la política, porque todo el mundo habla sin cesar de ello. También yo tengo un monito que se llama Meso, por Mesić, nuestro presidente, porque se le parece un poco. Nos intentamos imaginar cómo es vivir en casa de nuestro tío en Alemania. Mi hermano dice que allí todos son muy ricos y que en pisos como el nuestro solo viven los gitanos. Yo quiero a mi tío. Nos visita en verano con su joven mujer alemana, todos lo escuchan mientras habla y huele muy bien. Este verano su mujer trajo un caniche llamado Gina, y los yayos no querían dejarlo entrar en casa y dijeron que tenía que dormir en el cobertizo. Se armó la gorda, la yaya dijo que iba a envenenar al chucho y papá tuvo que tranquilizarlos. Gina se quedó en la casa. El tío nos trae siempre regalos y mazapán. Este año me ha traído un balón de cuero para jugar al voleibol, pero no conseguimos hincharlo. A mi hermano, un balón de fútbol, pero él nunca lo ha usado. Mi hermano me manda enseguida de vuelta a mi cama y yo sigo fantaseando un largo rato sobre todas estas cosas.

La estación de autobuses de Vukovar huele muy mal, es temprano por la mañana, tengo sueño y hubiera preferi-

do quedarme en la cama. Papá me lleva en brazos, aunque soy grande, me lleva todo el camino. Viste pantalones blancos y una camiseta azul. Nos despedimos y nos besamos en la boca, haciendo primero unos jeribeques y luego fingiendo que nos damos un gran beso. Es algo muy nuestro. En la estación hay muchos niños y nos reparten en cuatro autobuses. Los padres hacen señas con la mano, también nosotros agitamos la mano, ya no veo a mis padres, pero saludo a otros que no conozco, y ellos a mí. Sonríen y gritan que tengamos cuidado, algunas madres incluso lloran. Varias de ellas corren detrás del autobús hasta el cruce.

No he estado nunca antes en una isla. Estoy ansiosa por llegar, viajamos tanto tiempo que ya he vomitado dos veces, y no soy la única. Ya hemos visto desde el autobús varias veces el mar, pero siempre desaparece detrás de una montaña. Me da pena porque hoy no vamos a llegar a bañarnos, pero a la vez también me asusta un poco porque no sé nadar. Nos bañamos a menudo en la playa del Danubio, pero allí te cansas de andar antes de que el agua empiece a cubrirte y por eso, en realidad, nunca he tenido que nadar. Al Danubio solo nos llevaba la abuela, que solía decir que antes se mantendría a flote una piedra que ella y solo me permitía mojar me los pies y la cara mientras yo miraba a los otros niños con sus flotadores.

Cuando por fin llegamos, me metieron en una gran habitación que tenía que compartir con doce niñas más de

mi edad que no conocía. Ya me había instalado en una de las camas cuando entró Željka con la monitora y dijo que nosotras no podíamos separarnos. Así terminé en el cuarto con las chicas mayores. Estaba feliz y asustada. A algunas les molestaba que me hubieran metido allí porque seguramente iba a espiarlas y a chivarme de todo a la monitora, pero al final no tardamos en hacernos amigas. Hablaba poco y no les daba la lata a la vez que era muy afable con todas. Ellas me llamaban «pequeña» y yo estaba fascinada con sus tirantes, desodorantes, sombras de ojos y sus peinados de ondas revueltas. Cada tarde, en la terraza de la residencia escolar que habíamos apodado Villa Desastre, se organizaba una discoteca. A mí me seguía todo el tiempo un chico que no conocía, pero todos me decían que debería bailar con él porque era hijo de una actriz famosa. Por el día jugábamos al parchís y nos bañábamos. Una tarde mi hermano me llevó a dar una vuelta al paseo marítimo y, cuando llegamos al final del muelle, me tiró al mar. Empecé a manotear y a gritar, me entraba agua en la boca, y él estaba inmóvil en el muelle y chillaba «¡Nada, nada!». No sé cómo, pero de pronto me encontré en la orilla. Rompí a llorar, tenía la ropa mojada y, en los pies, solo uno de los zapatos blancos de charol. Mi hermano dijo: «Ya ves que sabes nadar».

Así aprendí a nadar.

Ya llevamos en la playa dos semanas más de lo que teníamos previsto quedarnos. Hace unos días, estábamos en el

autobús y nos dirigíamos hacia el puerto, cuando de repente nos hicieron regresar. Otra vez a deshacer las maletas. Mi hermano, inclinado sobre el lavabo, lava nuestra ropa interior y camisetas porque no nos queda nada limpio. Casi todos los días tenemos de comida pescado frito y cada vez añoramos más la vuelta. A menudo vamos a la tiendecita y nos compramos un bocadillo de fiambre con aceitunas y otras verduras y un yogur. Ahora me da pena haber dejado en casa, por miedo de que alguien me la robara, mi Barbie más nueva con las piernas de goma que se doblan y haberme traído en su lugar solo las de plástico.

Una mañana, al salir al patio de la residencia, vi de repente a mi madre. Nunca he sido tan feliz. Nos invitó a un helado de cuatro bolas y luego me llevó a la peluquería, donde me hicieron un corte a capas. A ella y a la madre de Željka las alojaron en una habitación separada en la buhardilla, y yo dormí esa noche con ella en su cama. Las oí hablar de no sé qué recorridos a través de maizales, de Mira, que en el noveno mes de embarazo montaba en bicicleta, y de un tren en el que todas las cortinillas tenían que estar corridas, pero para mí simplemente era agradable estar en su cama. Sé que se ha peleado con papá, eso me dijo mi hermano, porque no quiso llevarlas en coche ni siquiera hasta Vinkovci para que alguien no pensara que huía y que más adelante, supongo que esa misma persona, nos señale con el dedo. Por eso ni pregunto por él, para no entristecerla, aunque me gustaría saber cuándo va a venir.

Hace ya un mes que estamos en la playa, empieza el nuevo curso escolar y debemos matricularnos en algun co-

legio para no perder el primer semestre hasta que volvámos a casa.

En la estación central de Zagreb nos esperaba el tío. Recorrimos en coche la ciudad, que resplandecía bajo el sol otoñal. La casa del tío estaba lejos del centro y a mí me pareció que habíamos salido de Zagreb, pero entonces me enteré de que todo aquello era Zagreb. La ciudad era enorme. La casa tenía varios pisos. Ellos vivían en la planta baja, en una pequeña vivienda de dos dormitorios, y a nosotros nos alojaron en la primera, que estaba vacía. Yo dormía a menudo abajo, en el cuarto de mis primas, salvo cuando nos habíamos peleado. Al principio lo pasábamos muy bien juntos. Todo el mundo nos mimaba a mi hermano y a mí, y en el nuevo colegio casi no tenía que estudiar. De todos modos, me daban siempre sobresalientes. Una tarde mi prima y yo regresábamos del colegio y mientras subíamos por el camino de gravilla hacia la casa empezaron a sonar las sirenas. Era una alarma aérea y yo empecé a gritar y a llorar. Presas del pánico, nos refugiamos en la casa de unos vecinos. No ocurrió nada, pero fue el inicio de una nueva época. La casa de nuestros parientes se hacía cada vez más angosta. Una vez que quise entrar al baño, mi prima mayor me cortó el paso y dijo: «Esta es mi casa, yo voy la primera». Otra mañana, mientras desayunábamos, su hermana pequeña le dijo a mi madre: «Te vas a comer todo nuestro pan». Al principio se hacían pasteles sin cesar, pero con el

paso del tiempo y la escasez cada vez mayor de productos se perdió esta costumbre, y nosotros nunca abríamos solos la nevera. A veces, cuando nos acostábamos, se oían sus voces en la cocina. Papá solía llamar cada tres días, pero luego pasaron ocho días sin que nadie de allí se pusiera en contacto con nosotros. Los sábados por la mañana nos encontrábamos en la plaza central de la ciudad con Željka y su madre. Nos abrazábamos y besábamos como si no nos hubiéramos visto en años. También ellas dos vivían en casa de parientes, mientras que el padre de Željka y el mío seguían juntos en Vukovar. Hablábamos de cómo sería el regreso. Luego íbamos a veces a tomar un *burek** o un helado. De camino a casa, por lo general, guardábamos silencio.

Al principio, los zagrebienses eran, sin más, personas mejores. Vestían con más gusto, paseaban por las anchas calles y grandes plazas, viajaban en el tranvía dando la impresión de no hacer nada emocionante. Tenían tostadoras y lavaplatos, y telarañas en los rincones de las habitaciones. Así los veíamos. Pronto nos movíamos también nosotros en tranvía, gratis, con la tarjeta amarilla de desplazados, y dominábamos varias líneas de transporte público. Podía viajar todo el día y no comer más que panecillos salados porque constantemente teníamos que acudir a oficinas municipales, a la Cruz Roja y a Cáritas para obtener víveres. Yo estaba encantada. Una vez recibimos

* Una especie de pastel salado de masa filo relleno con carne por lo general. (N. de los T.)

en Cáritas una bolsa llena de golosinas y cargábamos con ella hacia el barrio de Črnomerec en un tranvía repleto de gente cuando en nuestro vagón una señora emperifollada le dijo a su compañera que los refugiados «abarrotan los tranvías porque se pasan el día entero deambulando de acá para allá». Yo la miré y sonreí porque sabía que nosotros éramos desplazados, y que los refugiados eran de Bosnia.

Al cabo de dos o tres meses en Zagreb, algunas cosas en nuestra vida se hicieron cotidianas. El otoño avanzaba y llegaron las lluvias. Poco a poco todo empezaba a ser menos divertido. Probablemente ya habíamos gastado los trescientos marcos alemanes que mamá había traído consigo. De Vukovar salía cada vez menos gente que podía proporcionarnos noticias de nuestros familiares. Entonces, un día, nos enteramos de que habían matado a los yayos. Así llamábamos a los padres de mi padre. Los habían degollado. Oí con claridad esta palabra. Me escondí detrás del radiador eléctrico que separaba el pasillo de la cocina. Creo que los adultos sabían que estaba allí, pero fingían no verme, y yo fingía no haberlos oído. Todos se volvieron amables los unos con los otros, y yo me olvidé del episodio. Cada vez con más frecuencia mamá solía entrar en el baño y regresar con los ojos hinchados. Hacía algún tiempo que papá no daba señales de vida. En esa época mi prima pequeña y yo rezábamos. Nos arrodillábamos delante del sofá y rogábamos a Dios en voz alta para que todo el mundo lo oyera, y por cualquier cosa que se nos ocurriera. Por la paz, por la salvación de la Guardia Nacional Croata, por la ciudad de Petrinja, por César y Cleopatra, y luego hacía-